

Tratado del alma gemela



ARCHIVO DE LA AUTORA

ESTHER BENDAHAN
Premio Torrente Ballester
Ediciones del Viento, 2012.
249 páginas. 17'50 euros

Un viaje de Madrid a Marruecos, de nuestra cultura a la cultura judía, a través de tres personajes que encarnan tres maneras de perseguir la felicidad en el amor, es el soporte argumental y temático de esta novela, la séptima de Esther Bendahan (Tetuán, 1964). Su título, *Tratado del alma gemela*, anuncia un contenido subordinado a los postulados de ese “tratado”: poner a su servicio

una peripecia cultural y vital de manera que la novela se arreme a ese costado discursivo. El resultado evidencia su excelente factura y rigor intelectual, pero resta al conjunto de la ficción la tensión pretendida.

Su trama ofrece un asunto tan extraño como extraordinario: un bufete de abogados recibe un encargo singular de una cliente, Perla B, para gestionar su herencia, legada a dos hombres que no se conocen (ni conocen si quiera su relación de hermanastros); una carta servirá de vehículo para notificarles las directrices de un viaje al lugar de origen de esa enigmática mujer. Allí deben recuperar la “Torá”, una especie de Biblia de la familia, lo que no será fácil. Esa es la única condición para ser nombrados herederos. Los destinatarios son dos tipos de rasgos casi opuestos: Amram, rabino obsesionado por hallar “su alma gemela”, y Daniel, separado, enamorado, y de vida dispersa. A ellos se suma, de forma casual una mujer judía, casada, con dos hijos, Mercedes.

Los tres se convierten en contrapunto de este “tratado” colmado de referencias a la religión y la cultura sefardíes, y organizado en capítulos que ocupan de manera diferencial y conjunta. Porque la tesis necesita de cada uno para postular sus respectivos procesos de conciencia hasta concluir que el destino no es un lugar, sino uno mismo, y que lo “gemelar” no es lo idéntico. Tesis defendida con más fuerza que emoción, aunque el conjunto rebosa ambición literaria. **PILAR CASTRO**

Mi amor en vano

SOLEDAD PUÉRTOLAS
Anagrama. Barcelona, 2012.
225 pp., 16'90 e. e-book: 12'20 e.

Casi toda la obra narrativa de Soledad Puértolas (Zaragoza, 1947) gira en torno a motivos que se reiteran una y otra vez con variantes y modulaciones. Es el mundo de los afectos—las relaciones amorosas, la soledad, los deseos, la frustración sentimental—lo que constituye las sustancias de contenido de estas novelas deliberadamente estáticas, que se desarrollan mediante análisis psicológicos demorados, distribuidos a veces entre el narrador y los diversos personajes de la historia. *Mi amor en vano* se inscribe en este modelo novelesco. Un narrador principal, Esteban, condenado por un accidente en plena juventud a utilizar muletas y someterse a una terapia rehabilitadora, todo lo cual lo ha impulsado a vivir solo y separado de sus padres, va dando cuenta de sus escasas relaciones: algunos vecinos, algunos conocidos del centro de rehabilitación al que acude y poco más.

Las referencias del marco narrativo sitúan el relato en un tiempo actual, dentro de un planteamiento que podríamos calificar de verista—que acude, incluso, a usos léxicos de moda, como “la ropa que tuneaba” (p. 11) o el reciente y forzado de “complicidad” (pp. 47, 49, 77, etc.) por “entendimiento”—, en el que, sin embargo, disuenan algunos datos. Así, por ejemplo, el pasado y las acciones ácratas de los padres de la joven Verónica serían atribuibles más bien a una generación anterior, con lo que su juventud se situaría entre los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, lo que estaría en contradicción con la edad que cabe asignar a su hija. Y hay

pequeños detalles inverosímiles. No parece posible que la memoriosa Dayana, al evocar la época en que ella y su marido decidieron vivir separados, sea incapaz de precisar el tiempo que duró la situación: “Fue un año largo, quizá dos” (p. 174). En otro orden de cosas, ¿cómo los enfermos del centro de rehabilitación pasan súbitamente del silencio a una explosión de atropelladas manifestaciones de alegría como si “hubieran escuchado las palabras, las quejas de Teresa” (p. 90) cuando no ha sido así?



QUIQUE GARCÍA

La articulación narrativa, como ya se ha dicho, tiene como eje el relato de Esteban, pero lo cierto es que, en sus conversaciones con distintos personajes, es el monólogo de estos—casi siempre en primera persona, con ocasionales intercalaciones en el discurso de verbos de prolocución como “dijo” o “murmuró”—lo que se convierte en hilo principal, de manera que varios narradores usurpan casi continuamente la función de Esteban. Y es difícil, en